



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año III 2 de agosto de 1890 Núm. 144

SOBRE EL AGÜA

I

EN EL RÍO

II

EN EL LAGO



III

EN EL MAR



EN LA NIEVE

... marido y mujer tripulan
la más ligera barquilla...

UN RATO DE CHARLA

DEMONTRE, demontre, demontre, y qué marimachos ha criado Dios en el antiguo reino de Galitzia! ¡El Señor misericordioso nos libre de aquellas hembras!

Pues ¿no se les ha ocurrido enviar un memorial al emperador de Austria solicitando se las deje formar un cuerpo de *Amazonas voluntarias*? Y no es eso lo peor, sino que, para que el buen *Kayser* les conceda la autorización que piden, alegan que, dado el servicio militar obligatorio, las mujeres son más fornidas y valientes que los hombres afeminados, lo cual, ciertamente, no deja de ser una verdad digna de Perogrullo, pero que más valía se callaran.

¿A dónde vamos á parar, Dios de Israel, si las señoras, no contentas con ser médicas, abogadas, etc., quieren también ser *cabas*, sargentas y tenientas *per se*?

Una excelente escritora parisiense, y con eso dama muy caritativa y no poco meritoria por otros conceptos, Mme. Severina (conocida también con el pseudónimo de *Jacqueline*), les ha salido al paso á las señoras galitzianas diciéndoles cuantas son cinco, y diciéndoselo muy bien.

¡Sólo eso faltaba para que los hombres acabáramos de cobrarles ojeriza á los marimachos y extremásemos nuestra guerra á los *viragos*!

Yo ya sé que hay *amazonas* y que se distinguen precisamente por su ferocidad: las hay en Dahomey, cosa que nadie ignora, y las hay también, según dice Stanley, en la región ecuatorial del este africano, en Uganda, próxima á ser agregada al Egipto. Pero ¿vamos á última hora á imitar en Europa á esos salvajes?

Siempre será odioso, siquiera se trate de una hija de Eva, que sea nadie cobarde; pero la función de la mujer no tiene nada que ver con la de un Cid. Nada más admirable que un paréntesis de heroísmo en la dulzura de la existencia femenina; sí: nada más sublime que una María Pita, una condesa de Bureta, una Agustina Aragón, una Manuela Sancho; pero esas ilustres mujeres fueron valerosas en un arranque de patriotismo ó de exaltación vengativa, pero sin hacer profesión de la milicia, pudiendo decirse lo mismo de la garrida *Moza de cántaro* de Lope, matadora sin ser espadachina de oficio. Yo comprendo á Santa Teresa, aunque compren-

do más á cualquiera buena madre de familia; yo comprendo, como una gloriosa excepción, á D.^a Concepción Arenal, por ejemplo, pero no comprendo á *la Fragosa*, ni comprendo más á las damas de Galitzia, fusil al hombro y chafarote al cinto.

Es preciso tener entendido que tanto repugna un hombre afeinado como repugna un marimacho: hombre y mujer son dos seres distintos, y ya el Parlamento de Inglaterra lo tuvo presente así al decir que puede hacerlo todo excepto cambiar un sexo en otro. Me hago cargo de ciertas circunstancias en que aun las mujeres se conviertan en soldados (por ejemplo en la célebre guerra del Paraguay con el Brasil), pero nunca será ese el papel de la mujer. Buena para hermana de la Caridad, para madre, para costurera, para pintora de floreros, para poetisa, para comedianta, para pianista, para telefonista: impropia para soldado y para todo lo que sea tener que llevar calzones y poner cara *feroce*.



... va un señor con su familia...

Hay en el fondo de la conciencia un instinto que se subleva ante las pedanterías de la sabihonda, con igual fuerza que ante las frivolidades del imbécil sietemesino, y contra ese instinto no hay poder humano que pueda prevalecer; pero la repugnancia sube de punto cuando en vez de tratarse de atrevidos viragos que quieren hacer la competencia á Aristóteles ó á Darwin, á Karl Marx ó á Pérez Pujol, nos encontramos con un bello sexo que desea tomar parte en la guerra y que desea matar sin que nadie le obligue á ello, como sucede con los que dependen de la ordenanza. ¡Qué mal corazón! ¡Qué malas entrañas!

Sería de desear que el buen conde León Tolstoï escribiese una novela para presentar en toda su horrible depravación moral á esos tipos de Galitzia, que son ya el cólmo de las descabelladas pretensiones de los marimachos.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



LAS ARAÑAS

Por qué tienen las arañas la habilidad de tejer una red?—me preguntaba cierto día Juanito.

—Porque, como se alimentan de moscas y no pueden volar tras ellas para cazarlas,—le dije,—poseen el instinto de construir una trampa para cogerlas, la cual preparan con una habilidad maravillosa.

Hay pocas cosas,—añadí,—más indicadas, para vencer el disgusto que algunos niños sienten á la vista de algunos objetos naturales, que el nido de una araña. La juventud se convence entonces, sin necesidad de otros argumentos, de que el ser más despreciable é infeliz puede llegar á ser objeto de admiración y considerado como una delicada maravilla por parte de los naturalistas dedicados á estudiar la naturaleza en sus más profundos é indescifrables misterios. Los nombres dados á los insectos que nos ocupan ofrecen pormenores interesantes respecto de ellos, pues han sido clasificados en vagabundos, cazadores, nadadores, arañas acuáticas, sedentarias y araña albañil: además nos demuestran una variedad en su condición, en su actividad y en su modo de vivir. Por consiguiente no debe causarnos sorpresa el verlas variar en el desempeño de sus funciones vitales (como, por ejemplo, su manera de respirar), igualmente que en su forma y la diferencia de sus instrumentos.

Entre éstos el más notable es el aparato respiratorio para hilar y tejer, con el cual no sólo fabrican redes para aprisionar á su presa, sino que construyen celdas, en las que viven escondidas. A veces fijan su residencia en la tierra, otras debajo del agua, bien que respirando siempre la atmósfera. Sus instintos corresponden á su organización particular. La vigilancia y la voracidad de algunas arañas nos son familiares. Las vibraciones de las cuerdas de sus nidos les indican cuándo sus presas han caído en el lazo. Otras tienen los ojos y la disposición del lince ó del tigre, y, después de permanecer escondidas, saltan sobre sus víctimas. Algunas se esconden bajo un tubo ó huevo sedoso que presenta seis ojos. Otras construyen un agujero en la tierra y cubren sus paredes con tanta perfección como si emplearan la trulla y la

argamasa, tapizándolas después con finas colgaduras. La trampa de la araña manifiesta un grado perfectísimo de instinto é invención. Esta puerta, de la cual se deriva su nombre, tiene un marco con un gozne á la entrada de la celda, y está dispuesta de manera que sólo pueda agarrarla la pata de la araña, y, tanto si el insecto sale como si entra, la puerta se cierra por sí sola. Sin embargo, la araña acuática tiene un edificio más curioso todavía: está construido debajo del agua y tiene una abertura en la parte inferior para su salida y entrada, y, aun cuando edificada debajo del agua, tiene esta celda el aire contenido como en una campana de buzo, de suerte que la araña respira con toda facilidad. El aire se renueva en la celda de una manera no bien definida hasta ahora. La araña sube á la superficie, su cuerpo absorbe una burbuja de aire con la cual baja otra vez á su celda, y, ya en ella, la burbuja se desprende de su cuerpo para difundirse por la habitación, consiguiendo por este ingeniosísimo medio respirar el aire aun viviendo debajo del agua.

El principal instrumento de que se sirve la araña para obrar estas maravillas es el aparato hilador. La materia con que forma los hilos es un líquido conte-

nido en varias celdas, cuyos conductos terminan en unas pequeñas tetas salientes. La atmósfera ejerce un efecto tan inmediato sobre este líquido que basta exponerlo á su contacto para que la secreción se convierta en un hilo flexible y fuerte. Veinticuatro de estas finas hebras forman un hilo del grosor del de un gusano de seda. Hay quienes aseguran que existen tres clases diferentes de material producido de esta manera, que, con efecto, se necesitan para los objetos á que se aplican, como, por ejemplo, el que se mezcla con la tierra para construir las celdas, el que se emplea para abrir estas celdas con una especie de algodón muy fino y el que se necesita para formar hilos ligeros y flotantes que puedan conducirlas por el aire, como igualmente las redes que, construídas con una verdadera perfección geométrica, les sirven para apoderarse de su presa.—



... se dejan llevar sin miedo
por la corriente tranquila.

Juanito pareció quedar contento de mi explicación, y tal fué así que con gran entusiasmo me preguntó el *por qué* de una infinidad de cosas que no puedo continuar aquí, pero que les consagrará artículo completo y aparte vuestro

BENJAMÍN

LA COLONIA DE LOS CONDES

(A MI QUERIDITO AMIGO LUIS RUIZ DEL PORTAL)

EN Andalucía, provincia de Córdoba, existe un pueblecito en el cual poseen una magnífica finca los condes de B..., los cuales, apreciando lo que vale en aquellas regiones la primavera, decidían trasladarse durante ésta á su riquísima finca.

Debemos llamarla así, porque otro nombre no merece la que, además de tener en su centro una magnífica casa palacio artísticamente construida, estaba recostada sobre el caudaloso río Guadalquivir.

Por lo cual, los condes, sirviéndose del caudal de aguas con que la Naturaleza había dotado este delicioso paraje, llamaron á un jardinero que éstos tenían en la casa que habitaban en la corte. Y no dudando de su merecida fama de agricultor y floricultor, y ayudado de algunos labradores de la colonia que dichos señores en sus tierras habían fomentado, hicieron engrandecer este palacio con un extensísimo jardín, que llenaron de plantas y árboles frutales.

Trascurrieron ocho años, y éstos no dejaron pasar ni una primavera sin la amena temporada en su hermosísimo jardín.

La colonia fué aumentando á pasos agigantados. En vista de esto, el señor cura, en una de aquellas temporadas primaverales, conferenció con sus señores sobre la grandísima carencia que se hacía sentir en sus feligreses de un centro de instrucción primaria.

Así quedó esto por aquel día; pero éstos, que estaban dotados de un profundísimo amor á la caridad y bien general, acogieron con júbilo la propuesta del virtuoso sacerdote.

Al efecto el señor conde escribió á un amigo que residía en la capital para que le buscara en aquélla un profesor como el caso requería. Su amigo hizo sus correspondientes gestiones, y por último logró encontrar un honrado y probo profesor llamado D. Sebastián.

Expuestas las razones que su amigo le manifestaba en su carta, y aceptadas por éste, se apresuró á ponerse á las órdenes del señor conde con una bien informada correspondencia en que expresaba su aptitud ó intachable conducta.

Llegado que fué á casa de éste, le recibió con la cortés amabilidad que en todos sus actos usaba. En seguida hizo avisar al señor cura, el cual se manifestó muy contento cuando fué enterado del cargo que iba á desempeñar el presentado por su protector.

Hablaron largo rato, girando la conversación sobre si había en la colonia algún local que reuniera las comodidades para el establecimiento que se deseaba y habitación para el señor maestro.

El sacerdote refirió, con la facilidad y exactitud que acostumbraba, el estado en que se encontraba la colonia con respecto á lo que se deseaba.

Terminada la conferencia, dispusieron trasladarse á ésta para hacer los preparativos y medidas que fuesen precisas, con objeto de no perder tiempo tan precioso. Llevada á cabo esta medida tan agradable, tanto para los virtuosos señores como para los honradísimos y buenos colonos, resolvieron tomar en arrendamiento una casa que había deshabitada, hasta que fuese un arquitecto y levantara un plano para construir un local que tuviese condiciones higiénicas, tan propias para esta clase de establecimientos.

A los diez días tomaba posesión D. Sebastián de su nueva morada, y con ayuda del señor D. Damián, que así se llamaba el sacerdote, y no menos de los señores condes, se logró que al mes fuese la apertura de la escuela, la que se solemnizó con una lucida función de iglesia, para la cual fueron invitados dos sacerdotes de la vecina villa y algunos que otros amigos de los condes, y un sinnúmero de feligreses colonos.

Estuvo encargado de la oración sagrada el virtuosísimo D. Damián, el cual desarrolló con harta elocuencia el tema sobre la instrucción primaria, objeto de aquel culto centro; la caridad inagotable de los condes, y todo cuanto al presente acto redundaba.

Terminada esta solemne ceremonia, se dirigió la comitiva á la casa destinada á efectuar la bendición del centro progresivo que se establecía.

Trascurrido algún tiempo, mi inolvidable tío, el jardinero, me llamó á su



... pasando á velas tendidas
por debajo de los puentes...

lado para que pasase una temporada en su compañía. No tardé mucho en verme á su lado y admirar aquel delicioso jardín, donde por doquiera había preciosísimas flores y corpulentos árboles cuajados de fruto, tal como peros, naranjos, cerezos y un sinnúmero difícil de enumerar. Un día que mi buen tío, descansaba de sus faenas, me llevó á la colonia, donde me estuvo enseñando la iglesia, la escuela y el edificio que estaban levantando para instalar ésta. Cuando fuimos á la escuela, el señor maestro, con la amabilidad que le caracterizaba, me preguntó si sabía leer y escribir, á lo cual le respondí, con no muy poco sentimiento, que no, y se ofreció gustoso á enseñarme.

Pero mi tío, que no pensaba que estuviese á su lado mucho tiempo, le dijo á D. Sebastián que lo sentía mucho, pero que no podría continuar porque mis padres me llamarían bien pronto.

No sucedió así.

Después de haber conferenciado un rato mi tío con el señor maestro, y acercándose la noche, nos volvimos á la casa, y entonces me dijo éste que si quería aprender lo que el señor maestro me había propuesto, á lo que no supe contestar.

Por fin llegó el domingo, y el señor maestro llevó á todos los niños al jardín de los condes para que se divirtiesen un rato y comieran algunas frutas, que así lo había dejado dicho éste, antes de su partida para la corte. Yo me acerqué á los pequeñuelos, los cuales me invitaron para que jugase con ellos.

Después de correr bastante, nos sentamos en un banco. Cada uno me explicó lo que sabía y su modo de pensar: los más holgazanes me decían que no me pusiese, que el señor maestro castigaba mucho, é infinitad de cosas que que ya no recuerdo; y otros todo lo contrario.

Mas no sé por qué me incliné á lo que decían la mayor parte, que eran los buenos.

Marcháronse éstos con el señor D. Sebastián, y nos quedamos mi tío y yo solos. En seguida me preguntó qué era lo que me habían dicho aquéllos, á lo que respondí lo anteriormente expuesto. Me volvió á preguntar si quería aprender á leer y escribir, y con gran contento le dije que sí.

A los pocos días escribió á mis padres refiriéndoles el suceso, su idea y la mía, no tardando en contestarle aprobando semejante conducta.

Seguidamente fui llevado y no tardé mucho en aprender á escribir y leer en el libro de Catón, por lo que me regaló el señor cura una preciosa estampa que contenía el sagrado corazón de Jesús y María. Por el regalo, y por ganar otras ofertas que D. Sebastián y mi tío me habían hecho, me esforzaba por ganar puestos, lo que conseguía llevando las lecciones aprendidas todos los días.

Así seguimos, hasta que, terminándose el invierno, en un domingo de Cuaresma que nos llevaron á confesar á todos, nos dijeron después de este salu-

dable acto, D. Damián y D. Sebastián, que agradecerían en el alma estudiásemos mucho, que no tardarían en llegar los señores condes, que á su llegada sería la inauguración de la hermosa escuela, que tocaba á su terminación, que sufriríamos unos exámenes, y los que lo merecieren recibirían premios, que con este objeto traían dichos señores.

No tardó mucho en verse cumplido lo que nos habían participado.

En efecto: vinieron éstos, se llevó á cabo la inauguración de tan hermoso



... en que van en compañía
siete jóvenes valientes...

edificio y los tan brillantes exámenes, quedando todos admirados del éxito que habían alcanzado sacerdote, maestro y señores condes.

Trascurridos tres años, durante los cuales no faltaron éstos una sola temporada, resolvieron, con la venia de los padres de Pepito, uno de los más aplicados, y también con la de los míos, llevarnos á su regreso á Madrid para continuar nuestros estudios, pero con más extensión.

Debido á la nunca bien ponderada caridad de tan virtuosos señores, hémos aquí á Pepito y á mí con una lucrativa profesión, por lo que éste como yo nunca podremos olvidar la Colonia de los Condes.

Tuyo siempre,

ANTONIO MORALES Y GARCÍA



SOBRE EL AGUA

I

EN EL RÍO

Verde margen, hondo cauce,
la superficie bruñida,
puro el cielo, el aire fresco,
el agua encalmada y límpida.
Botes, yachtes y canoas
por el río se deslizan
llenos de dichosa gente
rebosando de alegría
que aprovecha aquella hora
para respirar las brisas
que embalsaman dulcemente
las matizadas orillas.
Remando ya él, ya ella,
en amable compañía
marido y mujer tripulan
la más ligera barquilla
que surca en aquel entonces
por el agua cristalina.
En otra lancha muy grande
va un señor con su familia
curioseando por donde
se ofrecen mejores vistas,
mientras dos muy elegantes
y animosas señoritas
se dejan llevar sin miedo
por la corriente tranquila.
Dos *clubmen* de las regatas
con gallarda bazarria
hacen gala de destreza
pasando á velas tendidas
por debajo de los puentes
que enlazan ambas orillas;

ejercicio peligroso
por si chocan con las pilas.
Todo es paz aquella tarde
en el río de agua límpida.
Van y vienen las canoas,
vienen y van las barquillas.

II

EN EL LAGO

Hacia aquella misma hora,
en un lago de Suiza,
surca las aguas un bote
en que van en compañía
siete jóvenes valientes,
gente en los mares curtida,
y que busca ahora en el lago
emociones más tranquilas
que las que experimentaron
en los mares de Oceanía.
No hay que fiar, sin embargo,
pues no le gana en perfidia
el mar al lago, y á veces
sus ondas enfurecidas
en nada se diferencian
de las de la mar bravía.

III

EN EL MAR

Vamos ahora á ver el mar
sorprendiendo á los bañistas,
que en las playas se divierten
haciendo vida marítima;

y al momento observaremos
 cómo boga hacia la orilla
 una canoa en que van
 tres encopetadas niñas
 con cuatro fuertes remeros
 de lo bueno que se estila.
 Como una flecha ligera
 la canoa se desliza
 sobre el mar, dejando en pos
 fugaz estela argentina.
 ¡Avante, avante, que lejos
 aun la costa se divisa!
 ¡Avante y ojo al timón,
 que ya esperan en la orilla!
 Y mientras la barca avanza
 hacia tierra bien aprisa,
 pasa un yacht á todo trapo
 y se ve una fragatita
 con la proa mar adentro
 y con viento de bolina.
 Y así, no contento el hombre
 con esta tierra en que habita,
 se engolfa sobre una tabla
 por el agua movediza,
 sobre ríos, lagos, mares,
 con ansia siempre infinita
 de incesantes emociones
 ya violentas, ya pacíficas.



EN LA NIEVE

Por la carretera
 cubierta de nieve
 transitan los coches
 que es lástima verles.
 Los pobres viajeros
 tiemblan, se estremecen,
 y la nieve cae
 con furia creciente.
 No viajan por gusto
 ni el frío padecen
 por afán curioso
 ni motivo leve:
 precisa una causa
 muy grave y urgente
 para que uno viaje
 en tiempo de nieve.
 Y pasan las horas,
 y al fin anochece,
 y desde el carruaje
 allá lejos vese
 resplandor de luces
 del rústico albergue
 y al pobre colono
 que á su choza vuelve.

MÓNICO FILAR



NARCISO Y ROSALÍA

(Á MI HERMANITA PILAR)

EL silencio y las tinieblas reinaban sobre la Naturaleza. ¡Admirable conjunto el que presentaba la reunión de todos sus hechizos en aquella apacible noche! Aunque todo era sombrío, todo respiraba bienestar y todo embelesaba.

Combinado entre mil exquisitos y suaves perfumes, sobresalía el de las



... una canoa en que van
tres encopetadas niñas...



... pasa un yacht á todo trapo
y se ve una fragatita...

rosas, y entre mil sombras difusas resaltaban iluminadas de lleno por la luna las magnolias, las blancas camelias y la infinidad de flores que nacieron para su mayor belleza en aquel delicioso jardín.

Al fin de una estrecha vereda de rosales había una deliciosa casita, iluminada asimismo por la melancólica luz de la luna.

Junto á la puerta, á la que daban ascenso dos escaleras, y sentado en una de ellas, estaba un niño de unos doce años, que con un codo sobre su rodilla apoyaba en su mano la cabeza y el otro brazo lo tenía descansando en sus piernas.

¿Qué hacía aquel niño allí, y á aquellas horas? No sé. Lo cierto es que, escuchando con atención, se le oía sollozar.

Aquella misma tarde había perdido á su madre, pero ¡perdida para siempre!

¿Qué podría sucederle á aquel desgraciado niño sin un ser que guiara sus pasos? Y ¿qué sería de él si no encontraba quien le prodigara las caricias que le daba en abundancia aquel ángel querido que ya no volvería á ver?

Estas y otras muchas reflexiones por el estilo se hacía el desventurado rapazuelo al ver que ya su madre había dejado de existir. Dándole un último y apretado abrazo, con los ojos desmesuradamente abiertos y lleno de espantable horror, salió de su cuarto y corrió por algunas calles, sin darse punto de reposo, hasta que llegó á las afueras de la población.

Allí se sentó junto á una fuente, donde bebió con ansiedad; y luego, con paso lento y con la cabeza inclinada sobre el pecho, siguió su camino por una carretera de las varias que por allí se cruzaban.



... transitan los coches
que es lástima verles.



... y la nieve cae
con furia creciente.

Anduvo gran trecho y al llegar á un caminito que se separaba del principal, emprendió de nuevo su carrera por él hasta llegar á unas verjas de hierro que, aunque estaban cerradas, Narciso, el héroe de mi cuento, escaló sin gran dificultad, y allí se detuvo un momento como para reflexionar sobre sus ideas.

Luego dirigió su vista á su alrededor, y sobre una piedra no muy distante observó como un objeto de diferentes colores. Avanzó algunos pasos, y vió con más claridad que era una muñeca y un ramito de flores.

Cogió ambas cosas en sus manos, y no pudo contener un profundo suspiro y las lágrimas que acudieron á sus ojos. Acercó la muñeca á sus labios y le depositó un beso.

Aquel juguete pertenecía sin duda á Rosalía, una niña á quien Narciso quería con un cariño tan inocente y verdadero, cual el de un angelito á otro ángel de candor y belleza, como era aquella niña.

Siguió andando el pobre niño por una vereda que le conducía á un arroyuelo de cristalinas aguas que á alguna distancia corría.

**

De repente llegó á sus oídos un ahogado grito, en el que reconoció bien pronto la voz de Rosalía, y, mirando en torno suyo, vió que próximo á unas piedras se movía un bulto, que por la distancia á que estaba de él no podía distinguir bien; pero cruzó por su infantil cerebro la idea de lo que podía ser, y con gran presteza corrió junto á la orilla del arroyo y en un punto que era algo más estrecho, soltando el ramo y la muñeca, que aun conservaba en sus manos, saltó á la opuesta parte del arroyuelo, donde volvió á emprender su carrera con dirección de donde salían los gritos, que se repetían; y corriendo como he dicho, llegó hasta unas piedras de gran tamaño, junto á las cuales se detuvo al contemplar horrorizado que Rosalía, con medio cuerpo dentro del agua y el otro medio sobre unas rocas, estaba ya exánime.

Narciso se apresuró á sacarla del agua, á cuyo movimiento la niña abrió lánguidamente sus entornados ojos y le dirigió una mirada incierta y extrañada, pero dulce y cariñosa; y al mismo tiempo asomó en sus labios una apenas perceptible sonrisa.

El niño, apenas sin fuerzas para levantarla, acabó de sacarla del arroyo por la parte donde no tuviera luego que saltar y una vez que ya las aguas no tocaban á la niña, haciendo sobrehumanos esfuerzos, anduvo gran trecho descansando aquí y allá, pero procurando siempre no lastimar á la desdichada Rosalía.

Una vez notó que de la delicada cabecita de su querida amiguita brotaba alguna sangre; y, dejándola suavemente sobre el suelo, buscó en sus bolsillos un pañuelo; pero no encontrándolo, se quitó uno que llevaba anudado al cuello y se lo apretó donde tenía la herida que sin duda se habría hecho al caer en el arroyo.

ANGEL DE SAN PEDRO Y AYMAT

(Se concluirá)





JUANITO Y RAFAELA

(Continuación)

—Ruego á V. se sirva escuchar dos palabras, Sra. Gertrudis,—dijo doña Emilia invitándola á tomar asiento.—¿Tiene V. intención de volverse á Zaragoza?

—No, señora,—repuso la solterona.—Me quedo en Madrid con mi hermana, y, gracias á la rentita que me dejó mi buena señora y con lo poco que yo gane, pienso poder vivir sin tener que menester á nadie.

—Puesto que se decide V. á quedarse aquí, y que parece que quiere V. mucho á Rafaelita...

—¡Ah, señora!—interrumpió Gertrudis llorando.—Aunque fuese su propia madre no la querría más. ¡Mi pobre señora tenía por ella un cariño tan extremado!...

—Bueno: pues entonces ¿á qué dejarla? No es V. tan anciana aún que no pueda entrar á mi servicio; y si V. se conforma con ello, puede V. fijar cuánto quiere ganar al mes, en la inteligencia de que no tendrá V. otra obligación que la de cuidar á la niña.

Con grande alegría de D.^a Emilia la proposición pareció agradar á Gertrudis, que acabó por aceptar. Solamente pidió permiso para pasar dos días en casa de su hermana para terminar algunos asuntos; pero fué la primera en decir que no se marcharía de la casa hasta que Rafaela estuviese acostada y se quedase bien dormida.

Todo salió á pedir de boca. Gracias al mucho cansancio de la niña, Tula pudo llevársela y meterla en cama sin que despegase los ojos, por manera que Rosario logró dormir perfectamente durante algunas horas; pero aquella calma no podía durar mucho.

Así que amaneció despertóse Valentina, y, no viendo acostada cerca de ella más que á la camarera de su madre, comenzó á llorar y á llamar á Tula

á grito herido. Despertando así Rosario con el mayor sobresalto, no lescuidó nada para consolarla, le repitió cien veces que Gertrudis iba á comparecer de un momento á otro, y se levantó para darle algunos juguetes, rogándole se consolara; pero como con nada conseguía hacerla callar, la chica perdió la paciencia.

—Bueno,—dijo;—pues si no acaba V. de armar escándalo va V. á saber cómo escuecen los azotes. ¡Cállese V.! ¡Cállese V. en seguida!



... allá lejos vese
resplandor de luces...

Y, hablando así, le administró, en su cólera, una fuerte cachetina.

Rafaela, á quien jamás había pegado nadie, se sintió sobrecogida de un terror tan grande que se ocultó entre las sábanas, llorando harto quedo para que pudiese oirla Rosario.

Cuando dieron las ocho dejóse levantar y vestir sin pronunciar palabra y sin hacer más que exhalar hondos suspiros: tan miedosa se había vuelto. Luego, como se pusiese de rodillas para rezar sus oraciones, antes de habérselo dicho nadie, Rosario creyó poder dejarla sola un momento para ir á ver á su señora y quejarse de la ruindad de la chiquilla, que no se había dejado tratar, decía ella, con la mayor dulzura.

D.^a Emilia se enfadó muchísimo y presentóse en el cuarto de Rafaela, que estaba sentada entonces en un rincón, llorando á rienda suelta, con la cara oculta entre las manos.

—¿No estás buena, Rafaelita?—le dijo con tono severo.—¿Te duele algo? ¿Por qué estás atormentando á esa pobre Rosario? ¿Qué quieres?

Por más que á estas palabras de *la pobre Rosario* la niña identificase en su mente á la camarera y á la que hablaba de ella de tal suerte, no por eso dejó de decir Rafaelita con voz trémula:

—Quisiera ver á Tula.

—Tula vendrá mañana. Si eres buena se quedará aquí contigo siempre, y, puesto que sólo á ella quieres, no verás en esta casa á nadie más que á ella.

—¡Cuánto me gustaría verla!—exclamó Rafaelita, juntando las manos.

—Esa niña es de veras insoportable,—dijo D.^a Emilia encogiéndose de hombros, después de lo cual salió.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: 38, principal, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA